

LA CALLE DEL FONDO DEL BARRIO

POR FLOR DE HIELO

Era una mañana de abril, todo parecía estar en calma paz y tranquilidad. Me estaba lavando los dientes y de repente se escucharon unos gritos que procedían de la calle del fondo, aquella calle de la que nadie hablaba, de la que todos intentaban huir, porque en aquella calle no hacían más que oírse toda clase de ruidos que infundían terror y temor en todo el vecindario.

Yo era solo una niña cuando mis padres decidieron salir a eso de las ocho de la tarde a una tienda cercana a mi casa. Habían pasado tan solo veinte minutos y desde su marcha cuando escuché sonar el timbre de casa. Mis padres siempre decían que no abriese la puerta sin preguntar, pero aquel día no les hice caso. Lo que yo no sabía, es lo mucho que podía arrepentirme más tarde. Cuando abrí la puerta, me encontré al otro lado del umbral, a un hombre alto, robusto y moreno. Me armé de valor y le pregunté:

- ¿Puedo ayudarle a usted en algo?

El hombre no me contesto, pero se acercó a mí, y me dijo al oído:

- Te espero a las diez en punto en la calle del fondo.

Me asusté y pensé que la calle a la que se refería sería la calle del fondo de todo mi barrio. Después miré al hombre robusto y alto que sin cruzar ni una sola palabras más, se marchó.

Me quedé mirando el pasillo que conducía al ascensor de servicio, en ese instante, empezó a sobrecogerme el miedo. Estaba atemorizada.

Me quedé unos instantes callada y mirando al infinito hasta que tomé la decisión de llamar a mis padres. Les conté todo lo que había ocurrido. Se mostraron disgustados y sobresaltados, me dijeron:

- ¡No salgas de casa en ningún caso! Nosotros vamos de camino, tardamos cinco minutos.

Mis padres no tardaron en llegar, y sin mediar palabra me abrazaron fuertemente. Insistieron en que descansase. Después, los escuche susurrar, no sabían qué hacer, finalmente optaron por llamar a la policía, que respondió diciendo:

- Mañana a primera hora estaremos allí. Ahora cierren bien las puertas e intenten descansar.

Así hicimos. Al día siguiente la policía, cumpliendo su palabra, estaba en casa a primera hora. Me hicieron preguntas sin descanso y aproveché la primera ocasión que pude, para irme a la habitación y pensar. Pensar en lo que me dijo aquel hombre, ¿por qué me diría que fuera a la calle del fondo? No me hizo daño, no entró a robar.... ¿de quién se trataba? Mis dudas eran cada vez mayores, tenía demasiadas. Me escabullí de la policía, necesitaba disipar mis dudas, nadie me vio, estaban todos muy ocupados buscando pistas y tratando de resolver el principal misterio: ¿Quién era el hombre robusto, fuerte y enmascarado? Aproveché el momento y fui a la calle del fondo. Yo pensaba que sería un lugar siniestro y durante el tiempo que caminé dirigiéndome al callejón del fondo iba atemorizada, no sabía qué hacer; si seguir o darme la vuelta, todo apuntaba que me estaba metiendo en un buen lío. A mí me podía la intriga de aquellas palabras misteriosas más que el miedo a lo que pudiera pasar.

Estuve esperando quince minutos, de pronto, sentí que unos brazos me rodeaban haciéndome daño. Me cogían rápidamente, y para cuando quise darme cuenta estaba

encerrada en un saco. Yo no sabía qué hacer, me estaba asfixiando y terminé por quedar inconsciente. Me llevó a una habitación fría y oscura, no sabía por qué razón estaba allí, pero, para ser sincera, mi cerebro tampoco era capaz de pensar. El caso es que estaba sola y me había quedado totalmente bloqueada. De pronto, apareció una mujer de estatura media, delgada, boca y labios finos y pelo blanco color ceniza. Empezó a hacerme preguntas sencillas: dónde vivía, como me llamaba, dónde estudiaba, la dirección de mi casa... La situación del momento me llevó a responder con claridad, había llegado un ángel que podría sacarme de aquella cueva. Le dije toda la verdad, tenía la sensación de que esta mujer solo quería sacarme de allí, aunque en el fondo no tenía la certeza de estar haciendo lo correcto. Necesitaba salir de esa pesadilla.

Recordé que el hombre que me había raptado me había dicho unas palabras mientras me trasladaba a la habitación oscura en que me dejó. Me dijo:

- Si hoy recibes una llamada desconocida, no descuelgues el teléfono mientras suena, cuando deje de sonar podrás estar tranquila. En cambio, si vuelve a sonar descuelga y pregunta quién es y una vez te haya contestada cuelga rápidamente.

Con ayuda de la mujer que me encontró totalmente perdida en la sala oscura y con lágrimas en los ojos, conseguí volver a casa, sin embargo, no quiso acompañarme a la puerta ni ser vista por la policía. Entré por la puerta sola, allí estaban mis padres con la policía. Repentinamente recibimos una llamada en cada. La primera vez no contesté, pero cuando sonó por segunda vez respondí. La voz que escuchaba al otro lado del hilo telefónico me contestó y yo colgué rápidamente sin ni siquiera escuchar a mi interlocutora, pues tenía voz de mujer. Estaba muy nerviosa, vi que era muy tarde y quise ir a cenar. Yo ansiaba seguir buscando respuestas, necesitaba volver a la calle del fondo, esta vez estaría preparada para todo. Él llegó, yo estaba nerviosa, temblorosa y a la vez

me caía el sudor por la frente, pensé que no volvería a casa. Me sorprendí enormemente cuando él me reveló que era inspector de policía y que se había puesto en contacto conmigo porque mi vecino de enfrente era un enfermo mental que llevaba buscando la policía mucho tiempo. Habían observado que cada mañana cuando iba al colegio y cada tarde cuando asistía a mis ensayos de coro me seguía. Sabían que este hombre había hecho daño a otras niñas de mi edad y mis características físicas, pero no se podían precipitar, tenían que pillarle en el momento oportuno para poderlo llevar al sanatorio mental donde le trataban en sus crisis agudas. Yo no entendía nada y por fin el hombre fuerte y alto me dijo que necesitaban mi ayuda:

- ¿Cómo puedo ayudar yo?

Pronto me lo aclaró, quería que yo fuese el cebo de la policía para poder pillar a ese hombre con las ‘manos en la masa’, es decir, intentado hacerme daño. Yo me puse muy nerviosa, primero dije que no pero después pensé que sería lo mejor para acabar con esa situación tan terrible. Cuando acepté, el hombre alto y fuerte me dijo:

- Cuando hayamos pillado a este hombre, tú tendrás que irte del barrio porque quizá no actúe solo.

Yo me puse a llorar, pero me tranquilizó diciéndome que él hablaría con mis padres para convencerles de la necesidad de irnos del barrio cuando hubiesen atrapado al vecino de enfrente. Mis padres, al principio se opusieron, pero yo les convencí asegurando que era lo mejor para mí y otras niñas como yo.

Al día siguiente fui al colegio como todos los días y al coro como hacía cada lunes y miércoles. Allí estaba el vecino y unos pasos detrás del él, el hombre fuerte y alto. Yo me sentía segura pensando que pasase lo que pasase el hombre fuerte y alto me salvaría, pero de repente todo se dio la vuelta; y al llegar a la calle del fondo de mi barrio el vecino de

enfrente no me atacó, fue el hombre fuerte y alto quien intentó taparme la boca y golpearme en la cabeza. Yo le miraba con los ojos abiertos como platos, sin poder decir nada, tenía la boca tapada por su gran mano... En pocos minutos el vecino de enfrente de mi casa le golpeó en la cabeza, me invadió la sorpresa y la tristeza, había juzgado a la persona que acababa de salvarme la vida sin siquiera conocerle. Me había fiado de un hombre enmascarado que me había raptado mucho antes de que de un vecino que realmente siempre se había portado bien conmigo.

El hombre fuerte y alto cayó al suelo y yo salí corriendo sin pensarlo a los brazos de mis padres. Resultó que el vecino de enfrente de mi casa era el inspector de policía y el hombre fuerte y alto la persona que se había escapado del sanatorio.

Yo no sabía qué hacer, pero mis padres, que estaban al tanto de todo, me lo explicaron. Yo salí corriendo, corrí, corrí y corrí con la certeza de que no podía confiar en nadie. De repente me choqué con un hombre fuerte y alto....

En ese momento, escuche la voz dulce de mi madre:

- Alba, despierta cariño, tienes que levantarte. Ya es la hora.

No sabía dónde estaba, bajé las escaleras con ímpetu y allí estaba mi padre esperándome para desayunar e ir juntos al colegio. Me asomé a la ventana, el día era soleado, el jardín de casa tenía ya flores de primavera. Yo en ese momento recordé que era feliz. Sonreí a mi padre y volví corriendo a mi habitación dispuesta a quitarme el pijama y vestirme. Cuando estaba haciendo la cama vi mi libro en el suelo: “La calle del fondo del barrio” y dentro una nota:

Te espero esta tarde a las ocho, en la calle del fondo.

Aquí comenzó una historia que parecía no tener final.